



REVISTA CRISIS: PRIMERA ÉPOCA (1973-1976)

REVISIONISMO HISTÓRICO Y CULTURAL

CRISIS MAGAZINE: FIRST EPOCH (1973-1976). HISTORICAL AND CULTURAL REVISIONISM

Pablo Ponza

pabloponza@yahoo.es
<http://orcid.org/0000-0001-8421-3940>

Instituto de Antropología de Córdoba (IDACOR)
Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)
Facultad de Comunicación
Universidad Nacional de Córdoba
Argentina

RESUMEN

En este artículo, que parte de describir las características de la revista *Crisis* como proyecto editorial, se demuestra que si bien la publicación efectuó intervenciones públicas que expresaban una ética de compromiso solidario con un proyecto político y la obligación moral de criticar y de impugnar un orden de dominación capitalista del cual toda América Latina debía emanciparse, no desplegó una estrategia explícita, ni compacta ni homogénea, sino que reveló una trama colectiva interior y de colaboradores amplia, plural y ecléctica que expresó de modo diverso tanto la práctica política como la naturaleza de sus expresiones estético-literarias.

PALABRAS CLAVE

revista *Crisis*, estrategia editorial, política, cultura

ABSTRACT

In this article, which describes the characteristics of the journal *Crisis* as an editorial project, it is shown that although the publication carried out public interventions that expressed an ethos of solidarity commitment with a political project and the moral obligation to criticize and to challenge an order of capitalist domination from which all Latin America had to emancipate itself, it did not deploy an explicit strategy, neither compact nor homogeneous, but revealed an extensive, plural and eclectic interior and collaborators plot, that differently expressed both political practice and the nature of its aesthetic-literary expressions.

KEYWORDS

Crisis magazine, editorial strategy, politics, culture

RECIBIDO

11 | 08 | 2016

ACEPTADO

17 | 10 | 2016

REVISTA *CRISIS*: PRIMERA ÉPOCA (1973-1976)

REVISIONISMO HISTÓRICO Y CULTURAL

Por Pablo Ponza

Durante la segunda mitad del siglo xx en la Argentina, los libros y las revistas tuvieron un exitoso impacto en la transformación, no solo de los consumos, sino también de las preocupaciones políticas de sus públicos. Asimismo, entre 1962 y los primeros años de la década de 1970 la explosión editorial argentina fue consonante con el llamado *boom* literario latinoamericano, e incluso sus autores más representativos y exitosos en ventas (Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Juan Gelman, Francisco Urondo, Octavio Paz, Pablo Neruda, José María Argüedas, Rodolfo Hinostroza, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Manuel Pedro González, Ángel Rama, Eros Ferrán Bortolato, Bryce Echenique, José Danoso, Alberto Duque o Jorge Onetti, por mencionar solo algunos de los más reconocidos) colaboraban en revistas político-culturales como *Casa de las Américas* (Cuba) o *Crisis* (Argentina).

En esos años, la venta y la distribución de libros y de revistas no se redujeron a las librerías sino que se extendieron a circuitos no habituales como kioscos de diarios y disquerías. Y aunque mantuvieron la tradicional línea de *best sellers* norteamericanos, el signo de los catálogos se nacionalizó notablemente. La pujanza de la industria editorial fue acompañada por el reconocimiento social de los oficios a ella relacionados.

Traductores, correctores, imprenteros, vendedores y distribuidores tenían su lugar en el mercado laboral. Dicha primavera editorial, de estética desenfadada, imaginativa y visceral, atrajo la atención de lectores de todo el planeta y generó cifras de venta inimaginables hasta entonces. A su vez, la popularidad de los escritores incrementó su prestigio social y, por primera vez, intelectuales latinoamericanos eran convocados por medios periodísticos nacionales e internacionales no específicamente culturales, que les dedicaban portadas y los invitaban a participar de programas radiales y televisivos para opinar de temas diversos donde la política, siempre, era una cuestión recurrente.

Quizás el caso paradigmático de la época fue Eudeba, que comenzó su actividad en junio de 1958 bajo la dirección del editor experto Boris Spivacow. Para 1962, la editorial había publicado alrededor de 3 millones de ejemplares; en 1964, más de 400 títulos; y en 1966 la impresionante cifra de 10 millones de ejemplares, lo que la convirtió no solo en la mayor editorial de habla hispana y en la mayor editorial universitaria del mundo, sino también en un potente y accesible órgano de divulgación y de intercambio científico, político y cultural (Ponza, 2010). Como han señalado Hernán Invernizzi y Judith Gociol (2003), en coincidencia con la asfixiante violencia política, 1974 marcó el pico máximo de la industria editorial, con casi 50 millones de ejemplares impresos y un tiraje promedio de más de 10 mil ejemplares. Todo fue para peor a partir de entonces: 41 millones en 1975, 31 millones en 1976 y 17 millones en 1979.

El proceso de creciente politización y de paulatina radicalización ideológica que sufrió la Argentina en los llamados *sesentas* tuvo en las revistas político-culturales uno de los canales de información, de debate y de intercambio de ideas más activos y prósperos de la época. De ello dan cuenta la más de media centena de publicaciones que circularon entre 1953 y 1976, en las que se destacan no solo el nuevo estilo de intervención pública de los intelectuales sino, también, la profunda transformación del perfil elitista y aristocrático del rol intelectual.¹

Claudia Gilman (2003) ha analizado el espacio que ocuparon estas publicaciones y sus hacedores en el campo político-cultural argentino, y ha observado con acierto tres características básicas. En primer lugar, que en estas revistas confluyó la recuperación del horizonte del modernismo estético. Segundo, que se convirtieron en un espacio de consagración alternativo a las instituciones tradicionales y a las instancias oficiales. Y, tercero, que constituyeron un lugar de enunciación y de práctica para el

intelectual comprometido políticamente. Asimismo, según Jorge Schwartz y Roxana Patiño (2004) las revistas político-culturales pueden ser consideradas un espacio dinámico de circulación de discursos altamente significativos, pues en ellas se condensa un sentido inmediato de la literatura y de la cultura de un momento dado. Por su parte, Fernanda Beigel (2003) ha señalado que las revistas constituyen una suerte de documento de cultura que nos permite interpelar un determinado estado del campo intelectual, lo que contribuye tanto al conocimiento de los proyectos político-culturales de diferentes núcleos intelectuales como a definir la relación entre la publicación y el contexto histórico y sociocultural de su época.

Para tener una noción más precisa de cuál era la dimensión de las revistas en el circuito editorial de la época podemos mencionar algunas cifras del Instituto Verificador de Circulaciones. Según este organismo, *Primera Plana*, en diciembre de 1972, alcanzó una tirada de 21.266 ejemplares por número; *Panorama*, en marzo de 1973, llegó a los 20.324; y *Crisis*, ese mismo año, alcanzó una tirada promedio por número de 24.980 ejemplares, convirtiéndose en uno de los productos preferidos del público. A mi juicio, *Crisis* fue la más acabada experiencia periodística de izquierda capaz de combinar las intervenciones políticas desde el campo de la cultura en sintonía con un mercado editorial que, sin saberlo, estaba situado ya en la meseta previa al declive de su edad de oro en la Argentina. En este sentido, Matilde Sánchez (2005) ha señalado –respecto de causas emblemáticas como la cubana y la peronista– que la actuación de los escritores del llamado *boom* que colaboraban en *Crisis* puede ser considerada el punto máximo de combinación y de acuerdo entre los lectores, la crítica y el mercado.

CULTURA Y POLÍTICA EN TIEMPOS DE CONFLICTOS Y DE PARADOJAS

Para analizar las características de *Crisis*, ícono de la excelencia periodística latinoamericana de su época, quizás sea de utilidad comenzar por las condiciones materiales, políticas e intelectuales que permitieron tanto su aparición como su clausura. La creación de *Crisis* fue resultado del trabajo de un grupo editor que estaba atento a las demandas de un público que sufría las constricciones de un contexto altamente conflictivo y paradójico. Fue conflictivo, como señala Daniel James (2003), porque se trató de un período histórico caracterizado por la culminación de un largo ciclo de protestas sociales (1955-1973) cuya centralidad en el campo político fue ocupada por el peronismo proscripto.

En efecto, en dicha etapa se vivió la cúspide efervescente de múltiples repertorios insurreccionales, de la acción directa y de la lucha armada previos al establecimiento de la última dictadura militar y de un Terrorismo de Estado que vino a eliminar físicamente a todo sujeto disidente, a desactivar la profunda e inédita politización de la sociedad y de sus ámbitos letrados, así como a desarticular la radicalidad de un creciente movimiento de izquierda de gran heterogeneidad en su composición interna, pero que compartía no solo un mismo horizonte de futuro imaginado sino, fundamentalmente, un estilo político y un lenguaje que lo convertía en actor antagónico del paradigma establecido por los sectores liberales-conservadores hegemónicos de entonces.

Crisis nació en un contexto paradójico, de colisión y de fuertes contrastes, que combinó la creciente intervención autoritaria de las Fuerzas Armadas sobre el sistema político, la privación de las mayorías en la toma de decisiones de Estado y la imposición de valores castrenses sobre los comportamientos de una sociedad que atravesaba un proceso de modernización de sus prácticas culturales y de sus hábitos de consumo. Como ha comprobado Andrea Giunta (2008), en dicho proceso de modernización se destacan las nuevas expresiones artísticas y científicas pero, especialmente, la transformación de los códigos de convivencia y de relaciones interpersonales propios de la época. Esto es, por caso, el nuevo rol de la mujer en el mercado laboral y su masivo acceso al mundo académico, la crisis en el modelo tradicional de familia, la liberalización de las prácticas sexuales, la introducción del psicoanálisis como práctica emancipadora individual y cotidiana, entre otros emergentes de una sociedad escindida entre el aciago oscurantismo de la violencia política y el permeable frenesí de los llamados *sesentas*.

En ese marco aparece *Crisis*, una revista cuyo nombre remite al agotamiento del paradigma económico, político y cultural capitalista burgués, y promueve la emergencia de otro socialista, nacional y popular. Desde su nacimiento, los íconos lingüísticos que *Crisis* repite en sus páginas no apuntan a cautivar a una elite sectaria y erudita sino a un público amplio identificado, plenamente, con ideas fuerza tales como liberación nacional, socialismo y revolución. Un público o colectivo social compuesto, fundamentalmente, por un amplio registro de peronistas de izquierda, nacionalistas, marxistas heterodoxos y una importante porción de católicos renovadores atraídos por las lecturas en clave latinoamericana y liberacionista de las reformas teológicas, litúrgicas y pastorales propuestas por el Concilio Vaticano II. Todos ellos, a su vez, compartían la certeza de que los gobiernos peronistas de 1946-1955 habían sido fundacionales para los

genuinos intereses de la clase trabajadora, así como a escala continental la Revolución Cubana y el ejemplo moralizante y voluntarista impuesto por el guevarismo, eran las máximas efemérides de su ideario transformador y radicalizado.

EL ESPÍRITU LATINOAMERICANO Y SUS INFLUENCIAS

Ahora bien, ¿qué decir de este singular producto periodístico? ¿Por dónde comenzar? ¿Por cuál de sus múltiples entradas sería óptimo acceder? ¿Cómo ponderarla y dimensionar sus contenidos? ¿Cómo valorarla casi cuarenta y cinco años después de su aparición?

En principio parece oportuno definir sustantivamente un proyecto editorial que, en rigor, estaba compuesto por la revista *Crisis* y por Ediciones Crisis, ambas bajo la dirección editorial de Eduardo Galeano. En cuanto a Ediciones Crisis, su finalidad específica fue retomar más extensa y detalladamente algunos de los debates propuestos en la revista que no alcanzaban solución de continuidad y que ameritaban otra envergadura en su desarrollo. Durante sus 35 meses de existencia, Ediciones Crisis logró publicar 29 libros, conocidos también como los *Cuadernos de Crisis*. Como sabemos, la creación de sellos editoriales o la edición de libros vinculados a revistas era algo frecuente, como fue el caso de los *Cuadernos de Marcha* o de *Pasado y Presente*, solo por mencionar dos de las colecciones más significativas del diverso campo editorial de la época. Según Julia Constenla y Aníbal Ford, en un testimonio recogido por María Sonderénger (2008), a este proyecto estuvieron vinculados inicialmente Ernesto Sábato, Jorge Romero Brest, Roger Pla, Ricardo Molinari, Ernesto Epstein, Víctor Masuh, Abel Posse y Julia Constenla.

La revista fue fundada por Federico Vogelius y exitosamente recibida por el público entre mayo de 1973 y agosto de 1976. En su primera época alcanzó un total de 40 números a un promedio aproximado de 80 páginas por ejemplar. La revista tenía su redacción y su administración en Pueyrredón 860, Buenos Aires. Era impresa por Prensa Médica Argentina SRL; distribuida en Capital Federal por Troisi y Vaccaro, y en el interior del país por Cóndor SRL. En 1973 la revista podía adquirirse en puntos de venta o por suscripción, a un valor de 60 pesos por año para residentes en el país y de 10 dólares por año para envíos a todo el Cono Sur. El primer número de *Crisis* vio la luz el 3 de mayo de 1973 con una tirada de 10.000 ejemplares. Según recuerda su

Secretaria de redacción, Julia Constenla (Russo, 2013), los ejemplares del primer número se agotaron tan rápido que debieron hacer una reedición antes de sacar el segundo. Amalia Ruccio, esposa de Vogelius, recuerda que *Crisis* fue el resultado de una larga búsqueda de su marido, quien sentía un fuerte deseo de hacer algo por el país. Según Ruccio, Vogelius «no creía en nada obtenido por las armas; sí por la cultura, aunque llevara cien años conseguirlo» (Russo, 2013: 2). De allí que *Crisis* naciera como una publicación político-cultural independiente de organizaciones político-militares.

A diferencia de otras publicaciones icono de la época, como *Los libros* o la mítica *Pasado y Presente*, caracterizadas por la sofisticación teórica, el lenguaje elevado, complejo y erudito, *Crisis* buscó armonizar las diferentes identidades de izquierda en un tono más cercano, no mundano pero sí más coloquial y asequible al lector especializado. En este sentido, la revista reprodujo hacia afuera la misma lógica de tolerancia establecida hacia el interior del colectivo editor. Según testimonio de Vicente Zito Lema, en la redacción de *Crisis*

Había, claro, diferencias. Aníbal Ford seguía la línea del nacionalismo revolucionario; Juan Gelman estaba más ligado a las FAR y a Montoneros; Eduardo Galeano tenía un compromiso latinoamericanista; Haroldo Conti traía una lectura marxista de la realidad; y yo provenía del peronismo de base [...] parecía que nos íbamos a matar, pero había cosas profundas que nos unían, el espíritu de la época (Russo, 2013: 4).

Crisis fue una revista excepcional por dos razones. En primer término, por su calidad y por su sofisticación en el tratamiento informativo y editorial: en sus cuarenta números contó con 76 serigrafías creadas especialmente por veinte artistas plásticos rioplatenses y con 50 ediciones facsimilares de fotos, de periódicos, de caricaturas, de mapas y de documentos ligados a la historia colonial latinoamericana. En segundo lugar, por el renombre de su Director editorial y de sus colaboradores. El *staff* de *Crisis* estaba compuesto, además de por Federico Vogelius como Director ejecutivo y de Eduardo Galeano como Director editorial, por Julia Constenla como Secretaria de redacción y por Eduardo Williams Hermes Ruccio –más conocido como Sarlanga– como diagramador. Entre sus colaboradores *Crisis* contó con César Vallejo, Alejo Carpentier, Efraín Huerta, Pablo Neruda, Miguel Ángel Asturias, Mario Benedetti, Augusto Roa Bastos, Rodolfo Walsh, Juan Gelman, David Viñas, Haroldo Conti, Francisco Urondo,

Noé Jitrick, Jorge Rivera, Vicente Zito Lema, Heriberto Muraro, Aníbal Ford, Rogelio García Lupo, Santiago Kovadloff, María Esther Gilio, Liliana Heker y Norberto Galasso, entre muchos otros.²

A diferencia de las publicaciones tradicionales, *Crisis* se estructuró a partir de un artículo de investigación principal cuyo tema de actualidad se complementó con una entrevista a algún escritor sobresaliente. Durante la entrevista se exponían las opiniones artísticas o estéticas en el mismo plano de importancia que las políticas. Luego, en torno a esos elementos se disponía el resto de los contenidos, fueran estos poesías, cuentos, ensayos, documentos o reportajes, en los cuales sobresale un fuerte énfasis en géneros menores como el policial, el folletín, el circo, el teatro criollo, entre otros. Si bien la revista se organizó en secciones, las únicas fijas fueron Itinerario, Carnet y Datos para una ficha, pues todas se vieron alteradas por los hechos o por los episodios políticos que marcaban la agenda temática del mes.

Por ejemplo en el número 3, de agosto de 1973, el consejo editor decidió comenzar con una sección llamada «Hecho en prisión», donde Zito Lema y María Bedoya recogieron y seleccionaron una serie de poemas, de dibujos, de cartas y de crónicas escritas por presos políticos. Recordemos que la revista salió a la calle casi al mismo tiempo que se producían la asunción de Héctor Cámpora a la presidencia y la movilización de Montoneros, *FAL*, *FAR* y *ERP* que el 25 de mayo logró la inmediata liberación de los presos políticos retenidos en la cárcel de Devoto. En una suerte de acto honorario, la tapa consigna que estos escritos fueron deslizados de contrabando por debajo de las puertas de las cárceles y que brindan el testimonio de «una época que ha quedado atrás para la Argentina pero que sigue siendo, en varios países latinoamericanos, la noche de cada día» (*Crisis*, 1973, N.º 3: 1). Asimismo, el texto señala que estas voces, sumadas todas en una sola voz, sin estrellato ni afanes individuales de consagración, son también literatura: «Porque iluminan la realidad con eficacia y a veces con fuerza desgarradora. Porque nos ayudan a comprender un poco mejor qué somos, qué podemos ser, para qué peleamos» (*Crisis*, 1973, N.º 3: 1).

«Hecho en prisión» es una sección desgarradora, que a través de las cartas y de las crónicas de los presos recorre los oscuros pasadizos de la represión, la indescriptible deshumanización de la tortura, del encierro, de la pérdida de compañeros, de amigos, de familiares; así como también la austera y la cotidiana sencillez de esas pequeñas cosas que mantiene viva a una persona que sufre el encierro. Es significativo resaltar

la importancia que el comité editor dio al tema, y cómo un cuento de César Vallejo (p. 10), un relato de Alejo Carpentier (p. 11), los poemas de Efraín Huerta (pp. 15-17) y tres textos de Rodolfo Walsh, entre otros, quedaron relegados a secciones secundarias.

Según Sonderénger (2008) revolución y revisión fueron las dos grandes cuestiones que marcaron la impronta del programa estético-ideológico de la revista, una afirmación que ha sido refrendada por José Luis De Diego (2001), aunque, a su juicio, dicho orden se invertirá a partir del número cinco, cuando la idea de revisión se revele imprescindible para dotar de contenidos al proyecto revolucionario. No obstante, dichas afirmaciones son resultado del análisis y de las inferencias, pues la revista nunca presentó manifiestos inaugurales sino que, paso a paso, se fue definiendo como un canal de difusión de una identidad cultural y política identificada con el peronismo de izquierda, orientada a consolidar las llamadas luchas por la *Liberación*, no solo en la Argentina sino en todo el continente. Todo, a su vez, articulado sinérgicamente en un aparato discursivo ecléctico pero con códigos y con señales claras del *ethos* revolucionario que combinaba lenguajes como el marxista humanista, el existencialista sartreano, el nacionalista popular y el católico posconciliar.

Como señalamos, *Crisis* fue una revista excepcional, aunque es significativo subrayar que no fue del todo novedosa, ya que la influencia que recibió tanto la publicación como la propia obra literaria de Galeano tuvo una experiencia previa en dos revistas anteriores. Nos referimos, por una parte, a la revista uruguaya *Marcha* (1939-1974), publicación pionera en el intento de articulación de la identidad latinoamericana, esa suerte de quimera inasible sobre la cual invariablemente giró *Crisis* en toda su primera época. Galeano se había desempeñado ya como asiduo colaborador de ese semanario y era autor del éxito editorial *Las venas abiertas de América Latina* (1971), lo que le permitió establecer vínculos con escritores latinoamericanos contemporáneos. Tal como señala Claudia Gilman (2003), ya en su primer número de 1939 *Marcha* había proclamado su vocación latinoamericanista, antiimperialista y tercerista a través de las intervenciones de su director Carlos Quijano y, más tarde, de Ángel Rama.

La segunda gran influencia que recibió *Crisis* fue la experiencia de *Casa de las Américas*, una publicación referencial para todo el arco literario e intelectual latinoamericano de la época. Tras su aparición en 1960, su éxito fue inmediato en los círculos intelectuales y pronto se convirtió en una experiencia que muchos quisieron compartir e imitar en todo el continente. Fundada por Haydee Santamaría, *Casa de las Américas* se definió como una publicación de letras y de ideas dedicada a abordar

temáticas de interés para América Latina y el Caribe, así como a la promoción de jóvenes recientemente iniciados en la creación, en la investigación literaria y en el pensamiento emancipador. En su primera entrega *Casa de las Américas* incluyó textos de Ezequiel Martínez Estrada, de los cubanos Virgilio Piñera y Antón Arrufat, del guatemalteco Miguel Ángel Asturias, del colombiano Luis Enrique Valencia y del mexicano Carlos Fuentes; varios de los cuales, doce años más tarde, colaborarían en *Crisis*.³

La semejanza de los tópicos tratados por *Casa de las Américas* y por *Crisis* es notoria, pues los temas culturales y políticos fueron los protagonistas. Otro parecido fue el constante interés por resaltar las similitudes en las experiencias estéticas y políticas de sus colaboradores, así como las dolencias, las miserias y las luchas sociales comunes a los distintos países latinoamericanos. Los escritores ganaron prestigio y reconocimiento internacional gracias a *Casa de las Américas*, pues su circulación era garantía de impacto. La única diferencia entre aquellos autores que inauguraron el eufórico *boom* literario y que colaboraron, luego, en *Crisis* es que, una década después, ya eran autores consagrados.

En este sentido, y para terminar de delinear el perfil latinoamericanista de ambas publicaciones, cabe destacar que los colaboradores de *Casa de las Américas* no solo pasaron por *Crisis* sino por varias revistas de circulación continental. Este fue el caso, por ejemplo, de *Siempre*, *Revista de la Universidad*, *Revista Mexicana de Literatura* (México); *La Bufanda del Sol* (Ecuador); *Amaru* (Perú); *Marcha* (Uruguay); *El Escarabajo de Oro*, luego *El Grillo de Papel* y *La Rosa Blindada*, *Nuevos Aires* o *Tiempos Modernos* (Argentina), entre otras de las que reforzaron sus suplementos mediante el fortalecimiento de las relaciones de proximidad y del establecimiento de una fluida relación que se expresó en la red de préstamos y de colaboración que consolidó no sólo las revistas como centros de intercambio, de influencia y de legitimación cultural y política, sino también la idea de un *nosotros* latinoamericano.

EL REVISIONISMO HISTORIOGRÁFICO

Uno de los accesos distintivos de *Crisis* fue su recurrente interrogación sobre el pasado. En cada número la revista ensayó una suerte de revisión historiográfica no sistemática ni cronológica de hechos y de episodios del pasado. Y si bien dicha revisión no fue innovadora como estrategia de intervención pública –puesto que revistas locales

como *Cuadernos de Cultura*, *Pasado y Presente*, *El Escarabajo de Oro*, *Cristianismo y Revolución*, entre otras, ya la habían hecho—, el perfil eminentemente literario de la revista y el modo en el que introdujo la dimensión histórica y cultural en clave nacional para pensar los fenómenos estéticos funcionó como novedad.

Tal como reseña De Diego (2001), la línea revisionista de la historia que reproduce *Crisis* sostiene que la interpretación hegemónica de nuestra historia habría sido resultado de una vasta operación fraguada por la historiografía liberal. Dicha tradición habría sido inaugurada por figuras como las de Domingo Faustino Sarmiento y de Bartolomé Mitre a partir de la antinomia Civilización vs. Barbarie, e instituida luego de la batalla de Caseros tras el exterminio de los caudillos del interior y de toda forma de cultura popular autóctona, consolidando una nueva forma de dependencia del imperialismo anglosajón representado por la oligarquía terrateniente porteña y por una cultura imitativa de la europea.

Ahora bien, la reflexión crítica elaborada por la revista y por sus colaboradores no buscaba meramente poner en cuestión la veracidad de los relatos dominantes sobre el pasado, sino marcar de manera explícita los contrastes con su propia perspectiva política, su pertenencia ideológica y su identidad cultural. En las antípodas del proyecto civilizatorio elitista, *Crisis* encarnó un relato historiográfico nacional fundado por el peronismo, a través del cual propuso un tratamiento alternativo y desenfadado de sucesos controversiales en pos de escrutar un presente de dominación económica, política, cultural, e incluso psicológica, moral y estética, que aparecía inscripto subterráneamente en la voz de los silenciados, de los explotados, de los que jamás pudieron expresar su versión de los hechos ni su angustia ni su pesar, ni el dolor de ser marginados, vilipendiados y olvidados por la *historia oficial*.

Un artículo que ejemplifica esta línea historiográfica es «¿Se enseña en la Argentina la historia real del país?» (*Crisis*, 1973, N.º 8), en el cual se afirma que la enseñanza de la historia plantea problemas que trascienden el campo historiográfico, pues el pasado sería también una exploración de las contradicciones de nuestra realidad concreta. Esto explicaría —según el texto— hasta donde la conciencia histórica es objeto de presión en los países del Tercer Mundo, algo que requiere de una discusión y de una revisión permanentes. «Discusión y revisión no son un agregado ilícito, sino parte fundamental de la misma historia» (*Crisis*, 1973, N.º 8: 3). Lo curioso de este artículo es que está compuesto por quince autores que responden a un mismo interrogante. Osvaldo Bayer —autor de *Severino de Giovanni el idealista de la violencia* (1969)

y *Los vengadores de la Patagonia Trágica* (1971-1972), entre otros textos– reconoce que la enseñanza de nuestra historia, en general, sigue una línea historiográfica liberal, tradicional, «pero ya muchos se han liberado y, como partisanos, se han lanzado a la guerrilla revisionista dentro de los claustros». Por su parte, Fermín Chávez –autor de *Civilización y Barbarie en la historia de la cultura argentina* (1956), *Vida del Chacho* (1962), *Vida de José Hernández* (1958) e *Historia del país de los argentinos* (1968), entre otros textos– señaló que frente al relato histórico liberal existe un «reclamo legítimo y realista de una historia asumida como instrumento cultural de descolonización».

Todos los convocados en el artículo refuerzan esta perspectiva. Norberto D’Atri, por ejemplo, sostiene: «El revisionismo ha ganado terreno por obra de los alumnos, no de los profesores»; Guillermo Furlong, afirma: «Es preciso acabar con tanta falsía»; Enrique de Gandía: «La historia es una continua revisión»; Julio Irazusta: «En el país no hay verdadera libertad de pensamiento, con posibilidad de expresarse ante el pueblo»; Arturo Jauretche: «Los vencedores de Caseros no hicieron una historia de la política sino una política de la historia»; Leonardo Paso: «se debe hacer una revisión histórica, pero no a partir de los mismos presupuestos filosóficos y de clase con que se la ha sostenido hasta el presente»; Ana Lía Payró: «La única verdad histórica que aceptamos es aquella determinada por las luchas de las masas por la liberación nacional y social»; Rodolfo Puiggrós: «La historia argentina parte de una concepción racista positivista, dividió el pasado en civilización y barbarie. Civilización era lo que venía de Europa; barbarie era lo que pertenecía a nuestro país, lo autóctono»; Jorge Abelardo Ramos: «La enseñanza de la historia en la Argentina satisface una necesidad específica de las clases dominantes»; José Luis Romero: «La historia se enseña como una disciplina destinada a crear, a fortalecer o a negar una imagen del pasado que conviene a la orientación predominante en el presente»; Vicente Sierra: «La lucha por la interpretación de la historia universal acompañará en adelante a todas las luchas por la determinación del futuro». Y, por último, José María Rosa: «Creo que hoy en día la historia debe ponerse de pie dando valor a lo auténticamente argentino, que necesariamente tiene que ser lo popular» (*Crisis*, 1973, N.º 8: 3-17).

Nos detenemos, brevemente, en José María Rosa y Rodolfo Puiggrós, dos de los entrevistados por *Crisis* para este artículo. Se trata de dos pensadores de la historia política argentina que, junto con Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas Spilimbergo, entre otros, formaron parte del proceso de revisión histórica que denunció la historia oficial como la versión de los triunfadores de Caseros, de Pavón y del genocidio indígena. No obstante, no hay que exagerar la

coherencia y la homogeneidad en el corpus teórico de estos autores, pues todos ellos fundamentaron sus interpretaciones con un compendio doctrinario de base marxista que mezcló argumentos de León Trotsky sobre semicolonias y bonapartismo, con argumentos de Lenin en *El imperialismo, fase superior del capitalismo* (1917), donde se exponen las razones por las cuales los procesos revolucionarios más vigorosos a escala planetaria no se habían desencadenado en los países con capitalismo complejo y avanzados y sí en las colonias explotadas por las metrópolis. Según esta hipótesis (abonada por la revista), los países más avanzados habían atenuado sus conflictos sociales merced al alto desarrollo y al confort conseguido mediante la esclavización y la neocolonización de Asia, de África y de América Latina, un argumento homólogo al de *Los condenados de la Tierra* (1961), de Franz Fanon, que en esa misma línea interpretativa va incluso más allá, no solo porque propone romper la espiral interminable de dominación objetiva y subjetiva del imperialismo a través de la violencia, sino que brega porque las burguesías tercermundistas hagan causa común con sus campesinados y con sus proletariados, para conformar así un bloque libre de las tiranías extranjeras.⁴

Ahora bien, en lo que José María Rosa, Rodolfo Puiggrós, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña, Juan José Real, Blas Alberti, Jorge Eneas Spilimbergo, sí eran coherentes y tenían en común –y por eso eran convocados por la revista– era su confluencia en una misma visión del peronismo como movimiento social transformador, y en el rol militante y comprometido que debían asumir los intelectuales argentinos. En el libro *Tiempo pasado* (2005) Beatriz Sarlo reconoce la masiva difusión de los relatos históricos de Puiggrós y de Ramos, a quienes atribuye un fuerte poder de construcción imaginaria y política en la época. Sarlo se refiere a estos críticos de la denominada Revolución Libertadora como *las espadas del nacionalismo marxista* y sugiere que los lectores más asiduos y permeables a estos textos eran «esos jóvenes, hijos de la generación para la que el 17 de octubre fue un trauma y una fecha fundadora» (Sarlo, 2005: 144). Jóvenes que, a su entender, hablaron abiertamente del pasado de sus padres y juzgaron que habían sido participantes equivocados o espectadores que no comprendían ni a Perón ni el carácter crucial de los sucesos que entonces acontecían. Sarlo considera que esta generación buscó corregir políticamente el modo en el que sus padres vivieron el primer gobierno peronista; los acusaron de indiferentes, de insensibles por no haber atendido las preocupaciones de las clases trabajadoras, o de ignorantes por no haber captado la verdadera naturaleza de ese movimiento de masas.

En abierta oposición a Sarlo, Roberto Baschetti (2004) se refiere a este fenómeno como un conflicto generacional agudo, donde muchos jóvenes de padres acérrimos antiperonistas ven que se habla de democracia pero que el peronismo sigue proscrito, que en 1962 con Frondizi y en 1965 con Illia los candidatos peronistas ganan limpiamente y las elecciones son anuladas de un sablazo. Según Baschetti, dichos jóvenes «visualizan otra realidad en el peronismo, ven que con el peronismo había trabajo, vivienda y educación para todos» (2004: 11).

Otro ejemplo del ejercicio revisionista de *Crisis* se observa en la sección «Documentos, cartas, discursos» del número 9, donde se presenta a John William Cook como un ícono nacional inmerso en las luchas populares con un pensamiento revolucionario solidario con los movimientos de liberación de América Latina. En esta sección, *Crisis* recupera algunos textos de circulación restringida como parte de la obra de quien considera «una de las figuras más íntegras y representativas del peronismo» (*Crisis*, 1973, N.º 9: 3). La sección presenta seis textos de reflexión teórico-política: «La conciencia nacional es también conciencia histórica», «La rebeldía popular y los aparatos partidarios», «Testamento», «Carta a Salvador Allende», «Esta época de infamia» y «La desaparición del Che Guevara». Completan la sección dos cartas, una escrita en 1955, desde la cárcel de Las Heras, a su esposa Alicia Eguren; y una circular del Comando Superior Peronista, de febrero de 1958, firmada por Perón y por Cook, cuando este aún se desempeñaba como representante personal de Perón en la Argentina.

En «La conciencia nacional es también conciencia histórica» Cook inicia su argumentación con una referencia explícita a la evocación del pasado como estrategia para pensar la actualidad. A su entender, cuando los pueblos pugnan por liberarse, ahondan en el escrutinio de su pasado, por ello, «se establece una relación dialéctica entre el ayer, el presente y el porvenir. En el pasado buscamos afirmación, antecedentes, claves. Pero sabiendo que los desafíos históricos son constantes y renovados, y que cada generación debe responder a los suyos» (*Crisis*, 1973, N.º 9: 4). El autor afirma también que todas las épocas revolucionarias son un punto de incidencia donde confluyen los mensajes de la tradición para abrirse a la hipótesis del cambio y de la esperanza. A lo largo del texto describe una serie de confrontaciones en tanto episodios históricos que demostrarían la permanente participación popular en luchas por la libertad y por la obtención de derechos, a partir de la puesta en práctica de tácticas de guerra de guerrillas. En este sentido, y trazando un paralelismo entre pasado y presente, Cook utiliza la guerra de la Independencia de 1810 para ejemplificar lo que considera un «caso típico de guerra subversiva, de una guerra revolucionaria que hoy quita el sueño a las

minorías gobernantes y que promueve las planificaciones del Pentágono». Destaca que, entonces, las masas iban en contra del orden constituido y sus procedimientos eran de guerrilla. «Ya la lucha del pueblo español fue de guerra de guerrillas. [...] Artigas era guerrillero; Güemes y sus gauchos salteños, que detuvieron el avance de los gordos, también; Boves, Páez y sus llaneros, Bolívar, Sucre, todos emplearon tácticas de guerrilla» (*Crisis*, 1973, N.º 9: 4).

El grupo pretoriano que hoy gobierna en la Argentina fue instruido en guerra antisubversiva por los coroneles franceses de Argelia, los asesinos de la OAS se han asignado el papel de franceses para tratarnos como argelinos. Tal vez no sepan que en la década del 40, cuando los ingleses bloquearon el puerto de Buenos Aires, San Martín, que vivía en Londres, publicó un artículo explicando que si invadían nuestro territorio serían derrotados, no por los ejércitos de línea, sino por la guerra de recursos del pueblo en armas: o sea, la famosa guerra revolucionaria con que los pueblos, hoy como entonces, defienden su libertad (Cook en *Crisis*, 1973, N.º 9: 4).

Esta clase de artículos expresa una clara convicción: la Historia (con mayúscula) estaba cambiando. El protagonismo y la iniciativa se encontraban, ahora, en el Tercer Mundo. Tal vez es por ello que todos y cada uno de los análisis propuestos en clave histórica dejan traslucir, por un lado, la denuncia descarnada de un poder aparentemente decadente pero con filosos puños de hierro capaces de secuestrar, de torturar y de asesinar en defensa de sus privilegios. Y, por otro, la denuncia, el optimismo y la expectativa de los proyectos revolucionarios que puján por un cambio de paradigma a través de una operación de opuestos binarios que enfrentaría a las naciones opresoras con las oprimidas, a los países desarrollados e imperialistas con los subdesarrollados y dominados.

Las visiones del pasado propuestas por *Crisis* no eran ingenuas ni azarosas, no solo porque las entrevistas y los hechos seleccionados para su tratamiento formaban parte de una agenda de debate de estricta actualidad, sino porque las exégesis presentadas buscaban interpelar a un público amplio y diverso. No obstante, tampoco puede decirse que sus intervenciones fueran compactas y homogéneas. Esto lo advertimos, por caso, en textos que son claramente contradictorios entre sí. Las cartas de Cook, por ejemplo, abonan la idea de constituir una vanguardia armada perfectamente

pertrechada política y militarmente para llevar a cabo la toma del poder. Sin embargo, encontramos otras intervenciones que impugnan el uso de la violencia como método válido y eficaz para la transformación de la realidad.

Solo por ejemplificar estas divergencias, en el número 25, Ernesto González Bermejo presenta una entrevista exclusiva con Hélder Pessoa Cámara desde París, donde el referente de la llamada Teología de la Liberación –cuatro veces propuesto para premio Nobel de la Paz, principal delegado de la Confederación Nacional de Obispos de Brasil (CNOB), defensor de los Derechos Humanos durante la dictadura brasileña de 1964 a 1985, representante del Episcopado brasileño en el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), y promotor y asistente a la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano de Medellín en 1968, evento que influyó profundamente en la creación del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo (MSTM) en la Argentina– muestra su oposición a la lucha armada. Pessoa Cámara señala que es el realismo el que le impide aceptar el camino de la violencia, pues cualquier guerra liberadora que surgiera en cualquier punto del continente sería inmediatamente aniquilada por una guerra imperialista. «No creo en la opción violenta, porque reconozco que las condiciones para la liberación deben partir de las masas, y hasta dentro de quince años por lo menos éstas no estarán en condiciones para levantarse contra el estado de cosas en el Brasil» (Pessoa Cámara en *Crisis*, 1975, N.º 25: 28).

EL INTELLECTUAL COMPROMETIDO POLÍTICAMENTE Y LA CRÍTICA A LA TRADICIÓN LITERARIA Y CULTURAL

Según Gilman (2003), en cuanto al rol del intelectual, revistas como *Crisis* buscaron instalar la polémica en torno a dos conceptualizaciones antagónicas: la del intelectual crítico o la del intelectual orgánico. Para Carlos Altamirano (2001), la primera de estas categorías se ajustó a una imagen del intelectual comprometido políticamente, del sujeto individual regido por valores humanistas que se ve compelido a denunciar las injusticias en cualquier lugar del mundo sin importar las fronteras o nacionalidades. Y el segundo, el *orgánico*, refiere a una representación subsumida en objetivos colectivos donde la pluma del intelectual quedaría subordinada a las estrategias de la organización revolucionaria de la que forma parte.

Crisis, alternativamente, habría reproducido ambas vertientes, la primera de ellas representada por la del ideario de compromiso con lo político, con la *militancia ideológica* –por utilizar las mismas palabras de Julio Cortázar en una entrevista publicada en el número 1 con motivo de presentar *El libro de Manuel* (1973)–; donde la identidad intelectual estaría abocada a llevar a cabo una crítica guiada por las filosofías del movimiento, de la modernidad, de las que entienden que la historia es un devenir de cambios, una materia en permanente movimiento, en transformación, y no algo estático y monolítico. Y la segunda, la orgánica y vanguardista, donde la palabra y la acción son parte de un mismo tándem. La revista da cuenta de esto, por ejemplo, a través de la semblanza que Aníbal Ford escribió sobre la vida y la obra de Arturo Jauretche:

El pensamiento de Jauretche se plasmó, no a partir de teorías que distorsionaban la comprensión de nuestra realidad, sino de una práctica real cumplida no sólo en los modestos aprendizajes de todos los días sino también en el libro, en la prensa, en la acción política y con las armas en la mano (Ford en *Crisis*, 1974: 71).

Es sencillo advertir en *Crisis* la ausencia de la imagen aristocrática y elitista más tradicional del *ser intelectual*, una imagen en desuso frente a una influencia que remite ahora a una autorepresentación en clave existencialista y que responde a interrogantes subjetivos dirigidos a definir el lugar de la acción individual en un proceso de transformación social incipiente, aparentemente lineal e inevitable. Recordemos, brevemente, que a principios de la década de 1970, para muchos pensadores del campo cultural de izquierda, el país y el continente estaban atravesando un estadio prerevolucionario que requería del compromiso y de la expresa promoción de las convicciones transformadoras, hecho que condujo con frecuencia a impulsar definiciones unívocas y lineales, donde revolucionario era aquel que efectivamente se jugaba el pellejo *haciendo* la revolución (Ponza, 2010: 137).

En una entrevista realizada por Gabriel Montali (2013), Zito Lema sostiene:

Nuestra postura era de ganar un espacio para la literatura en el mismo foco de la revolución. [...] No era cuestión de escribir un panfleto; la exigencia de las formas y del estilo literario eran un desafío a llenar sin contradicción con los actos de la vida. Lo que pasa es que los actos de la vida para nuestra generación, son actos en el mismo centro de la revolución.⁵

En resumen, el interrogante central era *ser o no ser escritor de una literatura revolucionaria*.


Para Altamirano (2011), la mutación operada en la conceptualización del rol intelectual de la época expresa una suerte de expiación o de *mea culpa* que reconoce tortuosamente la larga y la inocultable lejanía respecto de los intereses y de las preocupaciones de los más pobres, de los más débiles, del *pueblo*, por sintetizar la idea en una palabra muy utilizada en aquellos años. Esa suerte de *autoculpabilización* de la clase media letrada, como dice María Cristina Tortti (1999), los inclinó a permanecer próximos a las luchas populares y a idealizar un peronismo de límites difusos capaz de adoptar las formas imaginadas por cada uno de sus intérpretes.

BREVE COMENTARIO FINAL

Según inferimos del análisis, *Crisis* recuperó la figura del intelectual como sujeto clave en el proceso revolucionario a los fines coadyuvar a una causa –genéricamente llamada *Liberación* o *Revolución*– anclada, eminentemente, en el campo de la política, pero sin soslayar la importancia del aporte del ámbito cultural. Podemos advertir esta operación, fundamentalmente, a partir de dos iniciativas. En primer término, en su permanente, en su informal y en su no sistemática revisión historiográfica. En segundo lugar, en las intervenciones públicas que expresaban una ética de compromiso solidario con un proyecto político y la obligación moral de criticar y de impugnar un orden de dominación capitalista. En este sentido, la estrategia puesta en acción por la revista no fue

compacta ni homogénea, pues revela una trama colectiva interior y de colaboradores plural e incluso ecléctica, que entendió, vivió y expresó de modo diverso no solo la práctica política, sino también la naturaleza de sus expresiones estético-literarias.

En cuanto a la revisión historiográfica, dicho ejercicio le permitió a la revista poner en juego tres espectros temporales: un pasado interrogado críticamente desde el presente, para dar sentido, vislumbrar y legitimar un horizonte de futuro a escala local era el desarrollo y la consolidación de la propuesta peronista de izquierda, y cuya meta de fondo estaba dada por liberarse de las diferentes formas de dominación existentes y, a partir de allí, forjar una misma identidad latinoamericana. En este punto, la estrategia de *Crisis* y de su colectivo editorial puede ser interpretada como una suerte de foquismo ideológico, en cuyo sustrato se oculta la certeza de que las condiciones para una revolución posiblemente no estuvieran maduras, sin embargo, la voluntad revolucionaria y el compromiso subjetivo de la vanguardia podían desencadenarlas.

Por último, respecto de sus intervenciones públicas, *Crisis* no impulsó una categorización taxativa y unívoca del rol de los intelectuales sino, más bien, reflejó en dos grandes conceptualizaciones –la del crítico y la del orgánico– la heterogeneidad de voces que habitaban el colectivo de literatos vinculados al proyecto. Es decir, los hacedores de *Crisis* expresaron el paradójico, peligroso y generoso intento de ligar el mundo de la cultura con el de la política, el pensamiento con la acción, en un momento donde revelar públicamente esta clase de convicciones ponía en riesgo la propia vida. 

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ALTAMIRANO, Carlos (2001). *Bajo el signo de las masas*. Buenos Aires: Aries.

ALTAMIRANO, Carlos (2011). *Peronismo y cultura de izquierdas*. Buenos Aires: Siglo XXI.

BASCHETTI, Roberto (2004). *Documentos 1970-1973*. Vol. 1. Buenos Aires: Campana de Palo.

DE DIEGO, José Luis (2001). «El proyecto ideológico de Crisis». *Prismas* (N.º 5), pp. 127-141.

GILMAN, Claudia (2003). *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.

GIUNTA, Andrea (2008). *Vanguardia, internacionalismo y política*. Buenos Aires: Siglo XXI.

INVERNIZZI, Hernán; GOCIOL, Judith (2003). *Un golpe a los libros*. Buenos Aires: Eudeba.

JAMES, Daniel (2003). *Nueva historia argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.

PONZA, Pablo (2010). *Intelectuales y violencia política: 1955-1973*. Córdoba: Babel.

REVISTA *CRISIS*. Desde año 1, número 1, mayo 1973, hasta año 3, número 40, agosto 1975.

SARLO, Beatriz (2005). *Tiempo pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.

SONDERÉNGER, María (2008). *Revista Crisis (1973-1976). Del intelectual comprometido al intelectual revolucionario*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

TORTTI, María Cristina (1999). «Protesta social y Nueva Izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional». En Pucciarelli, Alfredo. *La primacía de la política* (pp. 205-230). Buenos Aires: Eudeba.

REFERENCIAS ELECTRÓNICAS

BEIGEL, Fernanda (2003). «Las revistas culturales como documentos de la historia latinoamericana». *Utopía y praxis latinoamericana*, 8 (20), pp. 105-115. Venezuela: Universidad de Zulia [en línea]. Recuperado de <www.redalyc.org/pdf/279/27902007.pdf>.

RUSSO, Miguel (2013, 31 de diciembre). «La revista Crisis y la búsqueda del tiempo perdido», *Contrainfo.com* [en línea]. Recuperado de <<http://www.contrainfo.com/9894/la-revista-crisis-y-la-busca-del-tiempo-perdido/>>.

SÁNCHEZ, Matilde (2005, 28 de agosto). «Un linaje de brillantes novelistas». *Clarín* [en línea]. Recuperado de <<http://edant.clarin.com/suplementos/especiales/2005/08/28/1-10601.htm>>.

SCHWARTZ, Jorge; PATIÑO, Roxana (2004). «Introducción». *Revista Iberoamericana*, LXX (208-209), pp. 647-650 [en línea]. Recuperado de <<http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/iberoamericana/article/download/5529/5680>>.

NOTAS

1 Podemos mencionar una larga lista de revistas político-culturales de la época, por ejemplo: *Antropología del Tercer Mundo*, *Capricornio*, *Centro de Investigación y Acción Social*, *Centro*, *Comunicación y Cultura*, *Contorno*, *Controversia*, *Cristianismo y Revolución*, *Cuestiones de Filosofía*, *Cuadernos de Polémica*, *Cuadernos de Crítica*, *Cuadernos de Cultura*, *Debate*, *Democracia Popular*, *Diógenes*, *Discusión*, *Chau*, *Che*, *Envido*, *El Descamisado*, *El Escarabajo de*

Oro, El Grillo de Papel, Estrategia, Esto Es, El Obrero, El Popular, Espartaco, Fichas de Investigación Económica y Social, Gaceta Literaria, Hoy en la Cultura, Izquierda Nacional, Kairós, La Rosa Blindada, Liberación, Literatura y Sociedad, Los Libros, Marcha, Mar Dulce, No Transar, Nuevos Aires, Nueva Conciencia, Nueva Expresión, Nueva Política, Nueva Presencia, Pasado y Presente, Plática, Propósitos, Pueblo Unido, Qué Hacer, Revista de la Liberación, Revista de Problemas del Tercer Mundo, Situación, Soluciones, Socialismo de Vanguardia, Táctica, Trinchera de la Juventud Peronista, Vanguardia Revolucionaria, Voz Popular, Ya, entre otras.

2 Eduardo Galeano fue Director editorial hasta el número 36, lugar que a partir de allí pasó ocupar Vicente Zito Lema. Asimismo, Julia Constenla fue Secretaria de redacción hasta el número 11 y Juan Gelman aparece como corresponsal en Italia desde el número 26.

3 Entre los asiduos colaboradores de *Casa de las Américas* que luego colaborarían en *Crisis* se encontraban Gabriel García Márquez, Julio Cortázar, Mario Vargas Llosa, Ernesto Sábato, Juan Gelman, Francisco Urondo, Octavio Paz, Pablo Neruda, José María Argüedas, Rodolfo Hinostroza, Ernesto Cardenal, Roque Dalton, Manuel Pedro González, Ángel Rama, Eros Ferrán Bortolato, Bryce Echenique, José Danoso, Alberto Duque y Jorge Onetti, entre otros.

4 Cuando decimos que no hay que exagerar la coherencia y la homogeneidad en el corpus teórico de la revista y de los autores que presenta, nos referimos a la diversidad de voces que acuña la publicación en sus diferentes números. Esto lo vemos, por caso, en los poemas inéditos de Lenin (*Crisis*, número 1); en la carta que Mao Tse-Tung le escribe a su mujer en tiempos de la revolución cultural china (*Crisis*, número 2); en los ensayos literarios de Rosa Luxemburgo en los que elogia a León Tolstói pese a su oposición al marxismo y a la Revolución Rusa (*Crisis*, número 14); o en los fragmentos de ensayos en los que el poeta y dramaturgo socialista Berthold Brecht intenta fundar la práctica de una teoría marxista de la producción literaria (*Crisis*, número 22).

5 Entrevista realizada por Gabriel Montali a Zito Lema para el programa «Adiós Mundo Cruel» de Radio Nacional, el 24 de febrero de 2013.